

## MESIANISMO Y DESTRUCCIÓN\*

RODRIGO ZÚÑIGA

Quisiera comenzar con un modesto testimonio, que espero no incomode a nuestro amigo Willy por su tono confesional. Cuando Sergio Parra me invitó a participar en la presentación del libro “El fragmento repetido”, sentí una extraña mezcla de satisfacción y escepticismo. Satisfacción, especialmente, porque esto significaba tener que batirme en un cuerpo a cuerpo con los textos recientes de un autor a quien admiro, y cuyos escritos han resultado fundamentales para mi propia formación intelectual; y escepticismo, porque entendía muy bien que el protocolo de la presentación (ese acto de bautizo que rinde tributo a la institución del libro y a la autoridad de la firma), podía jugar en contra de una adecuada exposición de las tesis de estos ensayos. Ya pensaba, cuando conversé con Sergio, en el efecto catalizador, en la vertiginosa aceleración que la lectura del libro de Willy iba a precipitar sobre mis propias ideas en torno a determinados asuntos. Y ya me figuraba también que no se haría justicia a la potencia de esos argumentos, incorporándolos a la fuerza en un pacto de no agresión, en una negociación simbólica que se inmunizara en nombre del acto de presentación del libro. Porque con estos textos se discute acaloradamente; se les acompaña muchas veces, pero se les reprocha también, a menudo. No estoy seguro de que sea ésta la ocasión para demorarse en argumentos, complicidades o desaveniencias. Sí lo estoy, en cambio, de que es éste el momento para invitar a los lectores a que se expongan a las virtudes de un pensamiento en continua germinación, para que experimenten por sí mismos la

\* Texto leído para la presentación del libro de Willy Thayer, *El Fragmento Repetido. Escritos en Estado de Excepción* (Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2006), el 14 de diciembre de 2006 en el Auditorium del Museo Nacional de Bellas Artes.

imaginación discursiva que destella y los espléndidos descubrimientos que nos ofrece.

Son nueve los ensayos que reúne este libro. Tal como se anota en el subtítulo, en cada uno de ellos se trabaja —con un *tempo* y una serie argumental bien definidos—, un vector específico, un *pasaje* posible del *estado de facto* en que opera la soberanía biopolítica del Capital global. Son nueve pasajes, entonces, que se proponen cada cual ensayar una metonimia para un mapa imposible, que de hecho ha llegado a indiferenciarse “como puro pasaje”, en palabras del autor: el mapa de intersticios fluctuantes y canales multidireccionales del capitalismo neoliberal. Se trata, en consecuencia, de escritos “en estado de excepción”, de textos de testimonio, en un sentido preciso: uno que hace converger, como relación de mutua hostilidad, escritura y actualidad sin *tópos*, alegoría y “facticidad sin contención”<sup>1</sup>, *graphós* y “significante cambiario”<sup>2</sup>. Es decir: la subjetividad como traza histórica, por un lado, y las tecnologías heteróclitas de un sistema metastable, que producen “memorias y pensamientos más rápidos que la intención”<sup>3</sup>, por el otro. Por eso, conforme nos adentramos en la lectura, nos percatamos de que el sentido testimonial de estos ensayos tiene que ver con su sostenido esfuerzo por constituir, *en la escritura*, la desafección del estado de excepción, la desobra de la contingencia. En cierta manera, el autor entiende que la única “pragmática de la resta”<sup>4</sup> que puede ponerse en juego bajo las actuales condiciones de sobreacumulación capitalista, es la de una escritura *performativa*, que “sólo tiene lugar en la medida en que las ‘propias’ interfaces del pensamiento conjugan su potencia interruptiva en la interfaz expandida”<sup>5</sup>.

Lo que aquí señalo como *escritura performativa* es lo que Willy Thayer entiende, en definitiva, como “pensamiento” (así, a secas), pero también como “collage” o “cita”: o sea, como una práctica material cuyo juego consiste en llevar hasta sus últimas consecuencias los efectos de dislocación que constituyen la plataforma nihilista del capital transnacional. La apuesta por una escritura *performativa*, que ha hecho suyos los tropos escépticos de la “muerte de la intención subjetiva” caros a Benjamin, busca rehabilitar, desde la microtecnología barroca de la cita y del ensamble, y casi como un resto a su favor, esa “impotencia categorial”<sup>6</sup> en que nos sume la excepción hecha norma de la soberanía

<sup>1</sup> Cf. “Naufragio sin espectador. Apatía neoliberal, ataraxia escéptica, crispación mesiánica”, p.329.

<sup>2</sup> “¿Cómo se llega a ser lo que se es?”, p.174.

<sup>3</sup> “Naufragio sin espectador”, p.338.

<sup>4</sup> Cf. “Crítica, nihilismo e interrupción. La *Avanzada* después de *Márgenes e Instituciones*”, p.80.

<sup>5</sup> “Prefacio”, p.11.

<sup>6</sup> Cf. “La crisis no moderna de la universidad moderna”, p.119.

sin sujeto del capitalismo. En esto se juega, como puede suponerse, el momento de *la* decisión de estos escritos; o sea, lo que en ellos aparece como el retorno (reprimido) de la decisión, el hito en que se estampa sobre los propios lectores la pertinaz economía alegórica que nos determina como sujetos interpelados, en cada uno de los textos.

Me parece que uno de los mayores méritos del libro es su capacidad de provocar una amplia gama de respuestas a la *intensidad* de esa decisión. Si la decisión se resuelve de modo *performativo*, eso significa que se resuelve, también, como pliegue y repliegue sobre las capas dérmicas del cuerpo textual. El pensamiento deviene epitelial tanto como adquiere, de pronto, fisonomía muscular. Enciende un sinnúmero de tonalidades conceptuales, arrastra diversos cromatismos y texturas de superficie, tanto como arrecia, igualmente, desde los más profundos estratos geológicos. Su ritmo se matiza pausadamente y, acto seguido, nos sumerge en una llamarada de timbres. La escritura de Thayer seduce a sus lectores, porque es capaz de acrisolar, miméticamente, el descampado de la apatía neoliberal, por medio de una exquisita imaginación filosófica que los espíritus escépticos podemos degustar a nuestras anchas.

Se equivoca rotundamente quien suponga que esto es una objeción o una impugnación. Los escritos de Willy, en cierta manera, no dan respiro: lo que se disfruta en ellos es su arrojo, la solidez argumental que se entrevera con momentos llenos de descubrimientos y riquezas conceptuales. Si vamos a una pregunta básica: ¿qué, encontrará el lector, la lectora, en este libro? Hallará, por ejemplo, un escrito que yo no vacilaré en calificar como de los mejores que se han publicado sobre Marx durante las últimas décadas, y que se llama “Fin del trabajo intelectual en la era de la subsunción real del capital” (pp. 135-161). Es un hermoso ensayo que leí hace muchos años, y que me complacé en hallar en esta colección. Entre mis “trozos escogidos” están también el estupendo estudio sobre la estrategia barroca del concepto (“Giro barroco”); un compendio sumamente sugerente del ensayo “La crisis no moderna de la universidad moderna”; el extenso pero iluminador trabajo sobre el aura (“Aura serial”), y un breve segmento, que cierra el libro, sobre la articulación contemporánea del escepticismo en el contexto neoliberal (titulado “Naufragio sin espectador”). Desde luego, otros momentos fundamentales desde mi perspectiva

son aquellos que se arriesgan en consideraciones de largo aliento y de destino incierto —por ejemplo, las complejas tesis sobre la “función policial de la imagen”, que se emplazan en una densa trama de relecturas, desacralizaciones y —por qué no decirlo— causas perdidas.

A medio camino entre algunas tesis de Marx, Benjamin y Agamben; entre el pensamiento como *performance de la mónada*, y el perfilamiento escéptico de la facticidad neoliberal en sus alcances globales y en sus matices locales (y aquí valga agregar lo consabido: el autor nos remece con sus potentes lecturas de la “vía chilena al neoliberalismo”), este libro ofrece una pormenorizada reflexión sobre los espectros de la modernización y las posibles tácticas de interrupción de su *continuum* “homogéneo y vacío”, en el decir de Benjamin. A la luz de las estrategias que el autor prescribe, emerge el desafío de mantenerse en la línea de flotación de una *performatividad* que no sucumba a su propia vocación de catástrofe, a su impronta de negatividad solipsista o a su narcisismo tanático. Advertido de estos riesgos, pero siempre a punto de ser seducido por ellos, este libro juega a poner a prueba el límite de la seducción. La filosofía, nos enseñan estos escritos, constituye una máquina de performatividad destructiva, y en ello reside, en último término, su capital simbólico de seducción —vale decir, su potencial mesiánico. Invocar ese margen de mesianismo nihilista, operar en pos de una destrucción sin redención, hacer uso del magnetismo seductor de la catástrofe, son algunos de los afanes que impulsan los “trabajos y los días” de estos ensayos notables de Willy Thayer.